

“Mas contra mí, sedienta de venganza,
Se arrojará terrible á desafiarme;
Toda ejerciendo su feroz pujanza,
Vendrá con fuerte brazo á sujetarme,
Y en un áspero tronco, sin tardanza,
Osará finalmente levantarme;
Y allí enclavado, en medio de ladrones,
Me hartará de ignominias y baldones.

“Ella mi sangre verterá á torrentes,
Y aglomerando herida sobre herida,
Empezará con notas insolentes
A cantar su victoria fementida.
Estrofas de dolor, notas ardientes
Romperán de mi boca enardecida;
Y en Tí buscando con ferviente anhelo
En mi íntimo dolor algun consuelo:

“Un espanto glacial, terror profundo
Sacudirá mi pecho desolado
Al ver tu rostro rígido, iracundo:
¡Pero entonces, oh Padre, habré triunfado!
Trofeo será de mi victoria el mundo;
Ya la grande expiación se ha consumado;
Ya tu Hijo, hundido en la abyección extrema,
Rindió á tu gloria la ovación suprema.

“Será entonces clavada en el madero
Esa misma cruel muerte inexorable,
Y, restituido ya el violado fuero,
El hombre, de este reino inmensurable
Volverá á ser legítimo heredero:
Sea mi amor por el suyo permutable;
Y aunque solo derroque un pecho humano,
Nunca tanto sufrir tendré por vano.

“Mándame pues, ¡oh Padre! sea cumplido
El gran plan que tu mente concibiera;
Ya de Adán el linaje desvalido
Impaciente, frenético me espera;
Más y más se hace oír hondo gemido,
Va á derramar su lágrima postrera:
Yo atenderé con un profundo acato
La más leve señal de tu mandato.”

Vencido está Jehová; su fuerte diestra
Va á extender sobre el vasto firmamento,
Y á dar de su poder la grande muestra;
Ha sonado por fin el gran momento
De ver cumplida la esperanza nuestra
Que Él mismo confirmó por juramento:
Las celestiales jerarquías aladas
Esperan ese instante alborozadas.

¡Vates de esa Sion, siempre risueña,
Que cantáis en sus atrios de zafiro!
Ya mi cítara muda se despeña
De esas alturas en revuelto giro;
Mas si fiel vuestra mano no desdeña
Conducirme á la cima á donde aspiro,
Podré aún proseguir mi osado vuelo
Por las cumbres altísimas del cielo.

O vosotros más bien (ya se empobrece
Mi débil númen) proseguid amables,
Cantad lo que á mi acento no obedece;
Repetid esas voces inefables
Con que el Gran Padre decretó que fuese
De la tierra á las playas miserables,
Su Verbo, su Hijo augusto muy amado
A hacerse igual al hombre desdichado.

Vosotros contemplasteis al Eterno
Cuando esa gran palabra pronunciaba;
Cuando empuñando el cetro sempiterno,
El solemne decreto confirmaba,
Y las sienes al déspota de Averno
Para siempre de un golpe quebrantaba;
Cuando los montes de esa Sion, su cumbre
Ceñida irguieron de más viva lumbre.

Vosotros lo escuchasteis con espanto
Cuando á su mismo Espiritu ferviente,
De recíproco amor Vínculo santo,
Ordenaba el Gran Padre omnipotente,
Que á la stirpe de Adán ha amado tanto,
Formara para su Hijo, atentamente,
En las entrañas de una Virgen pura,
Humana perfectísima natura.

A un mísero mortal no es permitido
Esa voz repetir, voz inefable;
Ascua viva mis labios no han sentido.
Creo que tan solo acompañar me es dable,
Ese júbilo inmenso, indefinido,
Cuando al oír edicto tan amable,
Vuestros aplausos férvidos sonaron,
Y del cielo las aulas atronaron.

Entre toda la excelsa jerarquía
Con singular belleza descollaba
El invicto Miguel, quien otro día
Al caudillo que á Dios se rebelaba,
Lanzó del Orco á la prisión sombría;
Y ahora como entonces, empuñaba
Esa espada flamígera su diestra
Y el diamantino escudo su siniestra;

Y de un estro impetuoso arrebatado
Por ese empuje del amor divino,
Y en tan raras finezas abismado;
Se levanta hasta el trono diamantino,
Y al Verbo, al Unigénito increado,
Himno triunfal, gigante, peregrino
Entona con un énfasis sublime
Que lo más noble de ese amor exprime.

Cantó el inclito Arcángel la grandeza
Del Hijo eterno, por quien fué extraída
Toda junta la gran naturaleza
Del bátrato en que estaba sumergida;
Por quien radiante de sin par belleza,
Surgió del hondo cáos, llena de vida,
A quien sedienta la creación afluye,
Y en Él siempre su ser reconstituye.

Por cuyo amor, la racional creatura,
Hasta Dios mismo habría de remontarse
Y retratar en sí su imagen pura,
Y todo al Ser Supremo asemejarse;
Y, dominando la celeste altura,
En los goces inmensos abismarse
De su mismo Señor, que sin medida
Le abrió las fuentes de la eterna vida.

Cantó después con ritmo inimitable
El bardo del empíreo, la nobleza,
El esplendor, la gloria imponderable
De aquella Virgen de sin par belleza
Que en su púdico seno venerable
Iniciaría del hombre la grandeza,
La gran mujer que en el Edén doliente
Trituró con su planta la serpiente.

Celebra, en fin, con dulce melodía
El alígero vate, el gran guerrero,
Aquella Esposa tan fecunda y pía
Que, preparada con primor y esmero,
El mismo Eterno Verbo escogería
Para darle por trono el mundo entero,
Para que ella á los pueblos y naciones
De amor transmita los insignes dones.

Mas ya le anuncia una sangrienta guerra
Que ha de moverle el Erebo terrible
(Porque ella al hombre los abismos cierra)
Para hacer su conquista un imposible,
Y su nombre raer aun de la tierra:
Pero que ella ha de ser siempre invencible,
Y siempre hermosa, subirá triunfante
Al altísimo olimpo fulgurante.

Esto cantó Miguel, mientras su vuelo
Atónitos los astros suspendían,
Y los áureos alcázares del cielo
De más fúlgidas galas se vestían;
Mientras, sintiendo su profundo duelo,
Del Tártaro los antros remugían;
Esta fué del amor la gran victoria,
Esta la aurora de la humana gloria.

